

Hay situaciones contingentes que de pronto hacen necesaria la intervención de nombres como el de Alberti o Miguel Hernández, de igual manera que en una partida de ajedrez un peón durante mucho tiempo inactivo puede pedir explicaciones a toda una posición enemiga si es adecuadamente movilizado.

En este sentido veo al Rafael Alberti actual: hombre de una reconocida causa política (y que yo respeto, porque ha dado pruebas suficientes en tantos años de haberla adoptado con sinceridad), entrevistándose en Roma con Don Juan Carlos y negociando de alguna manera su regreso.

Pero todo esto no tiene fundamental importancia histórica ni artística, por más que la historia grande esté hecha de pequeñas anécdotas cotidianas: Alberti no es alguien para la historia de España por estas escaramuzas, sino por los inolvidables poemas de *Marinero en tierra*, tal como García Lorca es García Lorca por *La casa de Bernarda Alba* (en fin, por toda su obra) y no porque unas anónimas insignificancias lo hayan asesinado.

Mucha agua, demasiada sangre ha corrido bajo los puentes desde los días en que aquel «esbelto, hasta hermoso» artista adolescente del Puerto de Santa María de Cádiz fijaba para siempre en versos el itinerario equivocado de la paloma o la música que venía de la ventana de su prima «que tocaba, pensativa, el arpa». Toda una vida, como dirían los viejos.

Y no puede menos que producir una sana envidia que este artista, con la misma inalterable alegría y vitalidad de su amigo Picasso, siga participando activamente de las alegrías y los dolores de este mundo, como el abuelo que se rodea de niños y participa de sus juegos.—LUIS DE PAOLA (*Avda. de José Antonio, 15, 4.º B. MADRID-14.*)

## NOTAS MARGINALES DE LECTURA

ROBERTO JUARROZ: *Poesía vertical*. Monte Avila Editores, Venezuela, 1976.

Toda una labor poética —con seguridad, una de las más importantes del continente sudamericano— se resume en esta *Poesía vertical*. En término de tiempo se resume o se aglutina aquí el que va desde 1958, fecha de aparición del libro de Juarroz que dará nombre a casi

toda su obra, hasta 1975. Salvo una pequeña parte recogida con el título *Dos poemas sueltos* la totalidad del volumen se aúna bajo el título genérico *Poesía vertical*.

Hablar de la poesía de Juarroz y de la forma como éste encara su experiencia es abarcar el resultado de uno de los momentos más interesantes de la poesía Argentina, en su sentido más limitado y en el más amplio el de toda la poesía sudamericana que hace suya la búsqueda de una autonomía de la imagen. Sin lugar a duda, *Poesía vertical* es deudora de todas las experiencias que se inician o que cristalizan en nombres como los de Vicente Huidobro y Oliverio Girondo, en Sudamérica. Pero tendríamos que reconocer que la poesía argentina, en su momento, es la que mayor y más importantes individualidades da en la experiencia expresiva en el continente. Los nombres a los cuales el de Juarroz se vincula son muchos, todos los que se generan a partir de los años cuarenta, entre los que se cuentan algunos de tanta importancia como Enrique Molina, Alberto Girri, César Fernández Moreno, Edgar Bayley, etc.

Ahora bien, lo dicho anteriormente no es sino un intento de situación, ya que la expresión poética de Roberto Juarroz, bastante tiempo en la sombra, se mueve dentro de unos cauces muy particulares. El uso que Juarroz hace de su arsenal expresivo llega a resultados que convierten a su poesía en una especie de isla habitada por innumerables hallazgos que, como hemos expresado, le colocan entre los poetas más interesantes de la poesía actual en lengua castellana.

La expresión poética de Juarroz nos sume en un angustioso y a la vez sereno contacto con el misterio, con esa cara oculta de la realidad, que a la par de inquietarnos nos procura un hondo sentido vital. Pocos libros de poesía de los aparecidos últimamente pueden ser de tanta significación en el panorama de la poesía sudamericana como esta antología de la obra del argentino Roberto Juarroz.—G. P.

ERNESTO SCHOO: *Función de gala*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1976.

Estamos acostumbrados, por una especie de fanatismo personalista, a creer o a experimentar la realidad solamente desde un quehacer cotidiano y ajeno. Otra forma de experiencia confesada que no sea ésta o que se aparte de esta especie de regla de juego produce sobresalto, cuando no la huida.

Leyendo *Función de gala* nos sentimos atraídos, pero al mismo tiempo indefensos ante una realidad experimentada con tanta lucidez

como humor. Deberíamos decir mejor con esa lucidez que es el humor. La indefensión no es sino el ver hasta qué punto Schóó logra paralizar nos un mundo en una madeja de actitudes que de una forma u otra nos pertenecen o pertenecemos a ella, somos parte integrante de toda esta trama entre la que se entrecruzan situaciones y personajes que más de alguna vez hemos sido o hemos soñado ser. Al decir «soñado» no estamos empleando el vocablo en su sentido de alcance irreal, sino en su más inmediata realidad, la de una experiencia inquietante y angustiosa.

Los seres que nos muestra Ernesto Schóó se hallan inmersos en la atmósfera que solamente nos puede brindar una verdadera capacidad literaria, la cual no es otra cosa que la de fabular hasta un extremo en que realidad y ficción se hacen una sola, indivisible. En su presentación, el mismo autor nos aclara que «*Función de gala* es una tragedia: la de no poder amar fuera de uno mismo». Esto bien pudiera quedarse o haberse quedado en un intento, en algo que solamente hubiera sido un deseo frustrado de alguien con un profundo interés por darnos a conocer su actitud frente a los hechos. Felizmente, Schóó logra la exacta comunicación de lo que ha sido su intención literaria y humana.—G. P.

OCTAVIO ARMAND: *Piel menos mía* (1973-1974). Volumen extraordinario de la revista *Escolios*. (Los Angeles (Estados Unidos) 1976.

Precedida de una cita de André Breton nos llegó hace algún tiempo el libro anterior de este poeta español afincado en América, la del Norte. La cita de Breton era el pórtico a una conciencia de búsqueda encuadrada dentro de lo que se define como de autonomía expresiva y que es el mundo sensorial desde el cual Armand trata de aprehender esa otra realidad, cuyo curso se aparta de la fiel o infiel transcripción de la emoción por la emoción; un amplio espectro de referencias en procura de su capacidad de fabulación expresiva.

En *Entre testigos*, que es el libro a que hacemos referencia, Armand recogía un conjunto de poemas que habían sido escritos entre 1971 y 1973, según nos lo hacía conocer. El volumen que ahora hemos leído está fechado entre los años 1973 y 1974. Es decir, que entre ambos existe la perfecta parábola de un tiempo sin pausa en el trazado de una indagación poética por el logro de un autodescubrimiento de la propia capacidad de confirmación y hallazgos. Este amplio recorrido nos permite ver, con perfecta nitidez, el desarrollo que Armand ha impuesto a su poesía. *Entre testigos* apuntaba a una dimen-

sionalidad poética en que la imagen, siendo transgresora y transgredida, aún se movía dentro de un ámbito de referencias comprometidas con la experiencia emocional, aún anclada en un respeto formal: *La mano estalla en el corazón / Abriéndose como un insulto / El patio del manicomio es infinito*. Dentro de un deseo de una voluntad de quiebra, visible en muchos de los poemas de este libro, todavía prevalecía el deseo de transmitirnos esa experiencia que dimana de la conciencia traducible desde el recuerdo.

*Piel menos mía* es, sin duda, el resumen de unos logros que antes solamente perfilaban, desde luego que con indudables aciertos, el arribo a una perfecta coherencia con la autonomía expresiva, que inscribe la poesía de Armand —con una indiscutible personalidad— dentro de la experimentación de la forma y la palabra que mueve la expresión de un gran porcentaje de poetas de hoy en los más dispersos sitios.

Dilatado sería enumerar los factores de auténticos hallazgos que se encuentran en este último libro de Armand, regidos todos por una evidente y equilibrada lucidez.—G. P.

RAFAEL BARRET: *Mirando vivir*. Selección y prólogo de Carlos Meneses. Tusquets Editor, Barcelona.

Barret no es sino ese reverso desconocido de la literatura española que se ha dado en todo tiempo y lugar, tanto hoy como ayer. Un venero de rica experiencia transmitido con una capacidad de comunicación literaria de indudable dimensión expresiva, son estos trabajos periodísticos de Barret que la búsqueda constante del investigador peruano nos ha rescatado del olvido en que los había sumido el desconocimiento y la distancia. Carlos Meneses se ha preocupado, como lo hiciera con otros olvidados, el poeta Oquendo, entre otros, por devolvernos la realidad de un espíritu que tenía el poder de transmutar en hecho literario los más variados temas surgidos en los avatares de una vida llena de una profunda ternura por el mundo circundante.

Barret, nacido en 1876, fue, como nos informa Meneses, «un "señorito" de Bilbao, que llevó hasta 1904, año en que se marchó a Buenos Aires, una vida de dandy ilustrado; frecuentaba los salones aristocráticos y literarios y también las salas de juego...». Esto contribuyó a enriquecer su experiencia, que más tarde habría de consumarse en un «ver y palpar» la realidad desde una posición desde todo punto de vista comprometida con una forma un tanto iluminada. En sus artículos podemos apreciar cómo nada le parecía ajeno a su objetivación.

La actividad de Barret es, en el campo de la creación literaria, fructífera: fundador de revistas literarias y periodista incansable. Esto último fue la causa de que tuviera que llevar una existencia trashumante por una serie de países de Sudamérica, desterrado de unos y de otros. Barret es esa personalidad típica que se produce, por un milagro de la inquietud intelectual, en las postrimerías del 19 y los principios del 20 y que se da tanto en Europa como en América: espíritus transidos por una serie de condicionantes humanos e intelectuales que vagan por todos los lugares, esparciendo su inquietud y haciendo surgir a su paso todo un mundo de inquietante perplejidad ante los hechos y las cosas.

Hermoso y valioso rescate de las sombras es este trabajo de Carlos Meneses, que nos ha permitido conocer a este fino pensador que fue Rafael Barret, para quien nada parecía serle ajeno, sino parte de su existencia. Resulta, desde un punto más inmediato, sobrecogedor el hecho de que muchos de los hechos que tocó en sus artículos tienen una perfecta vigencia.—G. P.

ANTONIO REQUENI: *Los viajes y los días*. Colección Mundial. Rueda Editor, Buenos Aires.

Las narraciones de viajes, por una extraña circunstancia, parecen haber ido perdiendo la capacidad de experiencia poética que un día tuvieron. Muy poco o casi nunca regresamos a esas transferencias de contemplación que experimentamos al leer las crónicas de viajes narradas por un Pierre Loti o un Gómez Carrillo, esto para sólo citar aquí los primeros nombres que se me vienen en mente. Hoy, como en casi todas las cosas, el lector pide la relación de hechos, desnudos de otra emoción que no sea la de una inmediatez. Los viajes no dejan tiempo para su elaboración material de la cual se decantará un tiempo más hondo, surgido del individuo como centro de su propia experiencia.

En esa voracidad de la noticia los escritores viajeros, maceradores de sus visiones, han ido perdiendo terreno, se maneja otra terminología que no permite el discurso lento del individuo que recuerda y elabora su recordación sin premura. Con la inmediatez se ha perdido la posibilidad de fabulación poética.

No podríamos decir a ciencia cierta si la pérdida de esa fabulación que se desprendía de las relaciones de los viajeros ha sido para bien o para mal. Lo que sí está claro es el hecho de que difícilmente podríamos retomar muchos de los libros que hoy se escriben sobre via-

jes y experimentar la complacencia de un viaje renovado. Pues bien, al leer las crónicas viajeras de Antonio Requeni, presentimos, como cuando leíamos a los escritores viajeros y no viajeros escritores, que sus visiones no las hemos agotado en la primera lectura y que algún día volveremos a ellas.

En esta recopilación de experiencias no está solamente el espíritu de las ciudades y los lugares, sino el de sus gentes. Una dimensión humana es lo que sustenta y enriquece estas páginas de viajes, estos viajes y estos días, que Requeni nos transfiere en un acto regido por ese poder que dinamiza la narración de todo auténtico viajero, la capacidad de maravillarse ante las cosas y los seres, y al mismo tiempo, poder comunicar la experiencia.—*GALVARINO PLAZA (Fuente del Saz, 8. MADRID).*